

Y al decir esto movia las manos, y casi se quemó al pasarlas cerca de la luz.

—¡Ah!..... exclamó con acento del más agudo dolor.
¡Estoy ciega, estoy ciega!

—Pero ¿dónde está Isabel? preguntó Villejo.

—¡Me la han robado!... ¡Me la han robado!

No era posible mayor desventura.

Aquella misma noche se hicieron las mayores diligencias para buscar á los criminales, para encontrar á la robada.

Todo fué inútil.

Villejo, en el colmo de la desesperacion, leyó en el infortunio de Inés y la dijo:

—Tranquilizaos yo encontraré á Isabel: entre tanto seré vuestro hijo, y os prometo solemnemente vengaros de los miserables que han cometido con vos tamaña felonía.

En vez de continuar el camino, se detuvieron en Córdoba, porque ni Villejo ni Inés quisieron salir de allí hasta encontrar á Isabel.

Llamado un médico para curar á Inés, declaró que habian sido quemados sus ojos con vitriolo.

La gitana se habia vengado.

CAPITULO. XV.

La paloma y el gavilan.



UANDO volvió Isabel en sí se halló en un cuarto de aspecto siniestro, iluminado por la débil luz de una lámpara, que aumentaba el horror de aquella estancia.

Sin acertar á explicarse lo que le pasaba, dirigió los ojos en torno suyo con temor, y los cerró aterrorizada al ver á una mujer vieja, repugnante, que con sonrisa infernal parecia espiar sus movimientos y gozaba en su desventura.

Isabel sintió correr por sus venas un frio mortal.

—No te atreves á preguntarme, dijo la vieja con vos gangosa, por qué razon te encuentras aquí. Haces mal, porque estaba dispuesta á satisfacer tu curiosidad.

Isabel reunió sus fuerzas, y aunque con débil voz formuló estas preguntas.

—¿Quién sois? ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde se halla mi madre?

—Eso ya es demasiado, dijo la vieja; pero te quiero mucho y responderé por partes á tus preguntas. ¿Quién soy? Si tu lo supieras, no me mirarias con horror. ¿No has sido muy feliz hasta ahora? ¿No te has hallado desde los primeros dias de tu vida rodeada de toda clase de felicidades? Pues todo me lo debes.

—¿A vos?

—Sí, á mí; al verme en este traje y en tan humilde albergue, sospecharás que soy una pobre mujer.

Es cierto; pero pobre y todo tienes que agradecerme las felicidades que hasta ahora te han sonreído.

—Explicaos, señora, dijo la jóven con impaciente curiosidad.

—Oye mi historia: hace veinte años llegué á un pueblo donde tu madre vivía como una simple aldeana. Era hija de un arriero que apenas ganaba lo necesario para sostener á su familia. La naturaleza le habia otorgado la hermosura á tu madre, y yo, interesada por su felicidad:

—«Vente conmigo, la dije; yo labraré tu dicha, y si no me abandonas, si eres agradecida, si pagas con tu cariño los sacrificios que estoy dispuesta á hacer por tí, tu porvenir será risueño.»

Para esto necesitaba abandonar á sus padres, dejar la humilde aldea en donde habia nacido. Fué ingrata con sus padres y me siguió.

—Mentís, dijo Isabel, no pudiendo contenerse.

—No seas tan fogosa, hija mia; no defiendas con tanta energía á tu madre. Fué ingrata con los que le habian dado el sér; los dejó entregados al dolor y me siguió halagada por la esperanza que desperté en su mente.

Yo debí comprender que la mujer que pagaba los desvelos paternales con tan negra ingratitud debia ser siempre ingrata. . . . Pero la cobré afecto: yo habia tenido una hija, habia muerto en mis brazos y quise reemplazarla con Inés. Cumplí mi promesa. De humilde aldeana la convertí en señora, Y ¿sabes como ha pagado mis beneficios?

—¡Oh! Callad, callad, dijo Isabel; no ultrajeis á mi madre.

—Los ha pagado despreciándome, abandonándome, como

abandonó á sus padres, apartando los ojos con horror de mí al verme, negando consuelos á mi amargura, recursos á mi pobreza; y aun hizo más. . . . Aprovechando el favor que tenia en la corte, me ha delatado varias veces al Santo Oficio para que me declarase bruja y me arrojase á la hoguera.

Yo he sufrido veinte años: he devorado en silencio mis amarguras, he querido perdonar y no he podido. Necesitaba vengarme de su ingratitud, y me he vengado. Tú eres su ídolo, y comprendes el dolor que sufrirían sus padres al verse abandonados por el que ella sufrirá al encontrarse léjos de tí.

—Sois una miserable, exclamó Isabel en el colmo de la desesperacion.

—Te equivocas; porque si te he apartado del lado de tu madre, separándote al mismo tiempo del hombre que iba á ser tu esposo, he conseguido al mismo tiempo vengarme de ella y labrar tu felicidad.

—De vuestras manos no la quiero.

—Se ve que eres hija de tu madre, ingrata como ella; pero no importa. Estás en mi poder; los esfuerzos que hagan para buscarte serán inútiles. No tienes más que un medio de volver al lado de tu madre; pero entónces no querrás ir, porque serás demasiado dichosa.

Los ojos de Isabel se inundaron de lágrimas.

No sabia qué hacer en tan triste situacion.

La fuerza era inútil, la astucia con aquella mujer estéril, y no podia prometerse piedad de la que no era una mujer, sino una venganza.

—Tranquilízate, hija mia, dijo la vieja, y piensa que, vencida como estoy de que el tiempo cura todas las heridas, me propongo tenerte aquí hasta que seas razonable. Cuando te vea tranquila, y lo que es más agradecida á mis bondades,

porque pienso ser muy bondadosa contigo, te sacaré de aquí y te llevaré á mi palacio, porque yo soy muy rica. ¡Quién sabe si entónces algun gran señor se prenderá de tí y llegarás á ser la esposa de algun alto personaje! A tu amante debes ya renunciar. Le hemos hecho creer que has muerto, y aunque está muy affigido, al fin es hombre. Dentro de un mes se consolará. Dentro de dos amará á una mujer, y si ella es hábil, al tercer mes la hará su esposa.

—¡Ah! Por piedad, callad, dijo la jóven. Si habeis de ser tan cruel, ahogadme en vuestras manos, clavad un puñal en mi corazon. Preferiria la muerte á este martirio.

—Todo se andará si te empeñas, dijo con severidad la anciana.

La jóven se estremeció.

Un prolongado silencio siguió á esta escena.

Y miéntras Inés sufría horriblemente y Villejo buscaba por todas partes á Isabel, la pobre jóven experimentaba las amarguras de su horrible cautiverio.

La noticia del crimen no tardó en extenderse por la ciudad; el posadero y Villejo dieron señas de la mujer que habia ido á la posada á anunciar la prision de Diego Colon, y los cuadrilleros del Santo Oficio se dedicaron sin descanso á buscarla por todas partes.

Inés envió un mensajero á Diego noticiándole lo que habia pasado.

Diego habló á los reyes, y éstos comunicaron á Córdoba órdenes terminantes para que se buscara á Isabel y se castigase á sus raptos.

Compadecida la reina de la desventura de Inés, y sabiendo el afecto que la profesaba el almirante, dispuso que fuera á Granada, y con evangélica caridad, al llegar á su presencia, la colmó de consuelos y la ofreció velar por su porvenir, no

descansar hasta que pareciera su hija, y castigar á los infames que la habian arrebatado de su lado.

Como las desgracias no vienen solas, Villejo, desesperado, perdió la razon, y tuvo que ser conducido á un hospital, porque en algunos momentos se ponía furioso y capaz de cometer toda clase de atentados.

Minuciosas fueron las pesquisas de los cuadrilleros para encontrar á Isabel.

Pero no menos inútiles.

Al fin y al cabo convinieron en que habia muerto: Inés llegó á creerlo, y guardando en el fondo de su alma aquel inmenso dolor, se retiró á esperar la muerte en la casa que aún poseia en Baeza, y en la que tan feliz habia sido en otro tiempo.

Isabel, sin embargo, no habia muerto.

La vieja, al mismo tiempo que se habia vengado de Inés, habia hecho un buen negocio.

Antonio de Aguado, halagado por los favores que le dispensaba la fortuna, bajo la máscara de la hipocresía se habia hecho uno de los hombres más licenciosos de la corte, y no habiendo podido seducir á la madre, habia puesto sus intames ojos en la hija.

La vieja gitana que le habia albergado aquella noche de tempestad en su choza, ofreció á Aguado entregarle á Isabel en cambio de una crecida cantidad de dinero.

Estipularon las condiciones del negocio, y convinieron en que, para que Aguado fuese completamente dueño de la niña, debia representar una comedia.

La comedia se representó en efecto.

Un dia salió la vieja de la mazmorra donde habitaba con Isabel, y á poco rato se presentó á la jóven un caballero.

— Isabel, la dijo, no hay tiempo que perder; aprovechad

los momentos en que esté fuera esa infame para venir conmigo.

—¿Quién sois? preguntó la jóven.

—¿No me reconceis?

—¿Me parece que no es esta la primera vez que oigo vuestra voz.

—No por cierto: soy amigo de vuestra madre, de vuestro protector Cristóbal Colon. Mi nombre es Antonio de Aguado.

—¡Ah! Sí, ya recuerdo; mi familia os debe grandes favores.

—He podido descubrir vuestro paradero, y ántes que venga esa mujer, que es poderosa, quiero ponerlos en salvo.

—¿Vais á sacarme de su lado?

—Sí, para siempre.

—¡Ah! ¡Dios os lo pague! exclamó la jóven. Partamos.

—En la puerta nos esperan dos caballos y un guía; yo os llevaré en el mio, y os vereis libre de esa miserable.

Isabel siguió á Aguado con la mayor confianza.

La noche estaba oscura, y Aguado dió sus órdenes al guía, montó á caballo, colocó delante y en sus brazos á Isabel, y los dos caballos partieron.

Antes de que amaneciera llegaron á una ciudad, cuyas calles se hallaban desiertas, y se apearon delante de una gran puerta que tenia un escudo de armas en el frontispicio.

Isabel fué depositada en una lujosa habitacion.

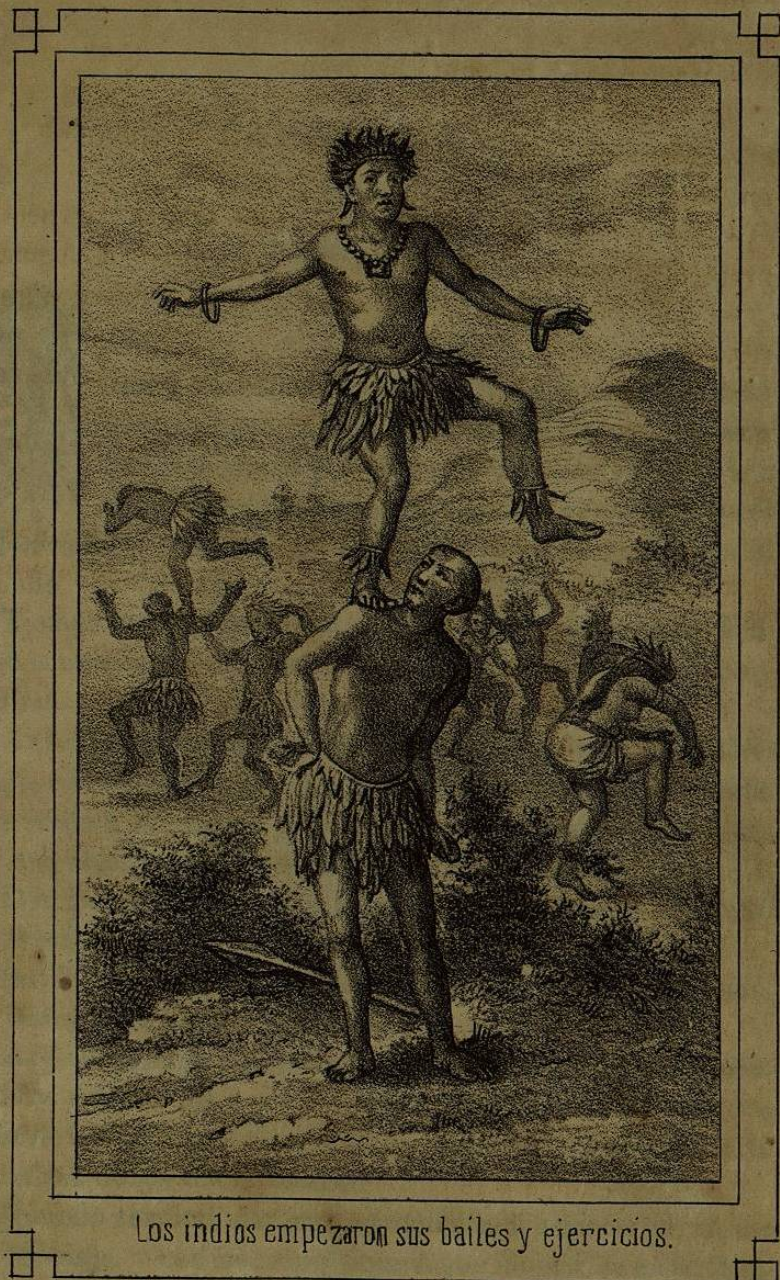
—¿Y mi madre? ¿Y Villejo? preguntó Isabel.

—Ahora descansad, dijo Aguado; después vendré á veros y os haré una revelacion.

La inocente paloma ignoraba que habia caido en las garras del gavilan.

Estaba rendida y se entregó confiada al sueño.

Al despertar debia hallar á su lado el dolor.



Los indios empezaron sus bailes y ejercicios.